ΣΟΦÍΑ

Revista Teosófica

Satyat nâsti pâro dharmah.

NO HAY RELIGIÓN MÁS ELEVADA QUE LA VERDAD

EPÍLOGOS DEL MES

El karma de España.

Se va reconociendo que hay otros séres superiores á los hombres. Ha costado mucho trabajo este reconocimiento, pero hoy está absolutamente aceptada esta verdad por los mejores representantes del saber humano. Las naciones son también organismos, séres vivos. Crecen, se desarrollan, perecen, reencarnan. Annie Besant nos ha hablado hace poco del destino de las naciones; el presidente H. S. Olcott, recientemente en *The Theosophist*, consagra un artículo al terrible karma de Rusia; en América, nuestro hermano Lob-Nor escribía hace poco un interesante trabajo sobre el karma militar de las naciones. Hace años, en fin, en España mismo, un médico ilustre hacía publicar en las prensas inglesas un libro interesante bajo el título, atrevido en aquel tiempo, de *Fisiología universal*. Hoy, la obra del Sr. D. Camilo Calleja, poco consultada entre nosotros, no chocaría tanto á las gentes. Hay séres en el espacio, infinitamente pequeños para verlos é infinitamente grandes para medirlos. Y esos séres, organismos vivos, animados, racionales, con su espíritu y su alma, tienen su karma, como tienen su evolución y su progreso.

El karma de un pueblo es una frase que tiene su valor y que es comprendida desde luego por cuantos hombres han hojeado un libro de teosofía. Se llega á más. Un profesor ilustre,

el polígrafo Mr. Raul de la Grasserie, publicó el año pasado un libro titulado *Sociología global*, donde habla de sociedades supraorgánicas, como entidades espirituales que se federan y confederan bajo una idea, los ángeles, los dioses.

El karma de España no es una frase únicamente eufónica, es una realidad. Es que España tiene su karma, su destino, su norma, su ley, como la tiene un individuo. Incumplido nuestro karma colectivo, vamos á cumplirlo en lo futuro, aprestándonos á su inmediato cumplimiento. Se piden, se solicitan, se avaloran con el mayor precio todas las obras que pueden contribuir á nuestra resurrección moral, y la demanda es cada día más apremiante. Los estudios árabes, de valor reconocido en estos momentos por las vicisitudes políticas, la *entente* hispanoamericana que se persigue por los intelectuales; la hispanoportuguesa, que piden algunos jóvenes salmantinos y leoneses; la nueva ansia de fe y de paz que se extiende por todas partes son señales inequívocas de la rectificación que empieza.

Preparados y dispuestos mejor que ningún pueblo para realizar grandes bienes, no siempre haciendo mal, sino no haciendo el bien, hemos perdido por unos instantes el hilo de oro. Parece que lo vamos á recoger. Para tres ciencias de la mayor importancia hemos tenido los mejores materiales: la botánica, la lingüística y la religión comparada. A un Linneo, á un Decandolle, á un Jusseu, podemos oponer toda la pléyade de nuestros botánicos. La botánica es una ciencia española, como la matemática es una ciencia francesa y la economía es una ciencia británica. Pero no hemos pasado de ahí. Hoy hay una resurrección, una afición desmedida á llenar lo que falta. Es nuestra misión y se cumplirá como debe cumplirse. ¡Pobre mente española si no cumpliese esta inmensa responsabilidad de su cultura!

De lo oculto. Hay que volver, hay que coleccionar y reconstruir cuanto ha sido. No hay nada inútil en lo pasado. El no valor de las cosas es el desconocimiento de su utilidad. En lo oculto duerme todo el saber. Sí, en lo oculto. ¿A quién choca esta palabra? No será á ti, sabio lector, que conoces demasiado el verdadero sentido de este vocablo; será al ignorante que se representa toda la Edad Media simbolizada en el brujo, como el único prestidigitador de éxito perpetuo, á quien nunca se le descubre la trampa.

Lo oculto, el ocultismo, ¡qué diversamente lo entienden esos espíritus ambiciosos! Cuando se les dice que lo oculto está oculto, ¡qué desencanto! ¡Y ellos que creían que poseíais una receta, una palabra ignorada para conseguir todas las cosas, para satisfacer todas las necesidades menos necesarias de la vida!

Lo oculto es lo oculto. ¡Qué tontería! Esos hombres quisieran que lo oculto fuera lo manifestado, lo que puede decirse, lo que no es oculto. Probablemente, la palabra criminal de las confianzas, la que habría de incitarles á revelar sus deseos, sus infamias. Así lo creen, y creen también que el ocultismo es la magia, la mala magia, la magia negra, el vivir malo del mago que contra todo satisface sus deseos. Se sospecha también una iniciación terrible, «horrorosamente sagrada», una revelación peligrosa, mortal. Cuando se dice que no es eso, ¡qué desencanto! Al llegar á ese extremo os dicen enojados, agresivos: «¿Entonces, qué?» Entonces, nada. Tú te iniciarás, tú te construirás el carácter, tú te harás y serás como debes de ser.

Lo oculto, tu oculto, es todo tu futuro en el espacio. El espacio es el gran mar del ocultismo. La belleza es tu agrado en el espacio; el bien, tu amor en el ambiente; la verdad, tu existencia en todas partes. El espacio, el espacio, nada más que el espacio.

La gran obra es colocarse en el espacio.

ARIMI

EL SENDERO DE ANGUSTIAS

Es indudable que las personas reflexivas y de aspiraciones algún tanto nobles y elevadas, consideran á la vida terrena tal como el hombre ordinario la vive, como un verdadero calvario, y principian á darse cuenta de lo deleznables é ilusorias que son las cosas que el mundo material contiene y puede ofrecerles, por cuyo motivo sienten un vago é indefinido deseo de hallar algo superior y más duradero.

Entre estas personas existen algunas en las cuales este deseo, vago é indefinido al principio, se ha convertido al fin en un

anhelo vehemente, y debido á esta causa se han dedicado con ardor al estudio de las cosas abstractas y metafísicas, de cuyo estudio han derivado la plena convicción y conocimiento de que el alma puede, si tiene fuerza y voluntad para ello, acortar y disminuir considerablemente el número de vidas terrestres.

A estas personas ávidas y ansiosas de progreso, la Teosofía les ha proporcionado datos abundantes referentes á una vida superior, y esto ha avivado de tal modo sus deseos de alcanzarla, que se han decidido á marchar por el estrecho y angosto sendero que les ha trazado por boca de aquéllos que lo han recorrido y lo están recorriendo al presente. Estas personas han hecho con tal motivo el firme propósito de abandonar todo aquello que se relaciona con los intereses puramente mundanales, y se han ofrecido y han apelado á la Ley á fin de que les conceda el privilegio de marchar á lo largo de este angosto y difícil sendero. Cuando el hombre apela á la Ley con toda sinceridad y con toda la energía de su alma, la Ley jamás deja de responderle; pero la respuesta que el hombre recibe es de una naturaleza tal, que al principio—y, dicho sea de paso, este principio puede abarcar muchos años, y aun vidas enteras—deja al parecer al alma en el más completo desamparo y soledad. El hombre ha hecho el firme propósito de abandonar al mundo y á sus devaneos; las riquezas y honores mundanales no hacen ya mella alguna en él y han cesado de causarle aquel placer y satisfacción que antes sentía, por cuyo motivo se halla ahora en la misma situación de aquel que, habiéndose dado cuenta de que habitaba en una casa llena de inmundicias y completamente destartalada y medio derruída, se ha apresurado á dejarla; y como que por el momento no tiene otra en donde guarecerse, puesto que todavía no la ha construído, se halla por este motivo á la intemperie, sin abrigo y sujeto á las inclemencias del tiempo y á toda suerte de contingencias y calamidades. Esta es la situación, moralmente hablando, del que se atreve á escalar aquel espinoso sendero que en un número relativamente reducido de vidas puede conducirle, y le conduce efectivamente, á la meta aquella en donde la reencarnación forzosa cesa para siempre. Al colocar por primera vez el pie en este sendero, se ve el aspirante combatido durante su camino por fuerzas y poderes de los cuales ni siquiera sospecha la existencia el hombre de mundo, y á estas fuerzas y poderes maléficos sólo puede resistirlos por medio de la pacien-

cia, de la perseverancia, de una fe viva en la bondad de su causa y en la seguridad de que tarde ó temprano obtendrá una victoria completa. El aspirante se halla, por decirlo así, atado de pies y manos y sujeto á un poste de hierro, duro é inflexible, con los ojos vendados y sin que le sea posible, por el momento, ejecutar movimiento alguno, esto es, no puede atacar, no puede defenderse de sus crueles enemigos que le injurian y escarnecen á mansalva, y sólo tiene por toda arma ofensiva y defensiva la certidumbre de que este angustioso estado cesará más ó menos tarde. En esta situación sufre todos los embates, acometidas y ultrajes imaginables; por su mente cruzan á manera de impetuoso torrente una serie interminable de pensamientos de una naturaleza tan miserable y ruín, de una naturaleza tan pecaminosa, brutal é impura, que el candidato se queda perplejo y aturdido al ver que semejantes pensamientos se elaboran y tienen cabida en su cerebro, y esto le produce una tristeza y melancolía indecibles, puesto que él se cree incapaz, y así es efectivamente, de llevar al terreno de la práctica tan inmundos como innobles pensamientos. Como es natural, el candidato rechaza con toda la energía de que es capaz estos insidiosos y brutales pensamientos; pero ellos vuelven una y otra vez, pues son porfiados y tenaces hasta un punto indecible, y esto, como es muy lógico, le produce un verdadero sufrimiento que por el momento nada puede mitigar. Sólo á medida que el candidato recorre el sendero aprende y se acostumbra á resistirlos, y entonces su angustia y dolor disminuyen gradualmente.

Estos enemigos crueles son las fuerzas del mal, que salen al encuentro de todos aquellos que se atreven á marchar por el sendero empinado y que se separan del camino trillado por donde marchan la inmensa mayoría de los hombres. Sin embargo, estas fuerzas maléficas no tendrían poder alguno para atormentar y vejar al aspirante si éste no llevara consigo los restos del mal Karma que ha elaborado en vidas previas, si éste no tuviera deudas que pagar, las cuales deben extinguirse ahora rápidamente por medio de los sufrimientos que experimenta á cada paso que intenta dar. Los poderes del mal sólo pueden causar sufrimientos cuando encuentran un terreno abonado para ello, cuando aquel á quien atacan tiene algo que pagar. Allí donde no existen deudas kármicas, allí no pueden ellos penetrar. Del mismo modo que la punta de un cuchillo se puede fácilmente in-

troducir en una masa blanda y gelatinosa, y dicha punta se rompe y el cuchillo se hace pedazos si se pretende introducirlo en un compacto bloque de acero fundido, de la propia suerte los poderes del mal penetran y tienen libre acceso en el corazón del hombre que todavía no ha obtenido una pureza perfecta, al paso que son rechazados, reducidos á la impotencia y no pueden hacer mella alguna en el corazón del hombre puro y virtuoso. El aspirante debe endurecer esta masa blanda y gelatinosa hasta hacerla tan dura y fuerte como el bloque de acero fundido, y entonces todos los poderes del mal se estrellarán y se harán menudos pedazos al chocar contra él. Si introducís una esponja en una cubeta llena de agua, aquélla saldrá empapada de ésta, mas si en esta misma cubeta introducís una hoja de loto, esta hoja saldrá inmaculada del seno del agua. No hay para qué decir que la esponja es el símbolo del hombre que todavía no ha alcanzado una pureza perfecta, y que la hoja de loto es, á su vez, el símbolo del hombre cuyo corazón es completamente puro. Así, pues, el aspirante se ve asaltado y acometido por toda clase de pensamientos de carácter tan provocativo y pecaminoso, de carácter tan insidioso y brutal, que le parece imposible que su mente sea capaz de concebirlos y elaborarlos. Así es en verdad; al presento no es capaz ni se halla en un nivel moral tan inferior como el que se necesita para dar cabida en su mente á tales y tan ruines pensamientos; pero al pretender escalar el espinoso sendero. ha abierto, por decirlo así, las ventanas de su alma, y una vez abiertas estas ventanas entra por ellas todo aquel que quiere. El aspirante ha revuelto el lago de su conciencia, en cuyo fondo se hallaban ocultos deseos y pensamientos de carácter mundano, y estos pensamientos y deseos aparecen á la superficie cuando apela y pide á la Ley que le permita recorrer el corto y difícil sendero que conduce á la liberación de los renacimientos forzosos.

El aspirante se halla entonces en la misma ó parecida situación del ciego indefenso y desvalido á quien todo el mundo puede ultrajar y escarnecer á mansalva. Todo son luchas y tinieblas para él. Todo contra él se revuelve y parece como si el cielo y la tierra se hubiesen conjurado para atormentarle y perderle. Imposible es poder describir por medio de palabras la situación del aspirante al dar los primeros pasos en el sendero penoso. Es indispensable haber sentido la angustia, la tristeza mental, el

aislamiento, el abandono y la cruel ansiedad que experimenta para que uno pueda hacerse cargo de su estado. Es indispensable haber pasado por este trance amargo y cruel para que uno pueda comprender su situación. Si en estos momentos de angustia cruel la muerte y la aniquilación pudieran venir en su auxilio, las aceptaría con el mismo placer, con la misma fruición que el sediento bebe el agua que mitiga su ardiente y abrasadora sed, con la misma ansia y deseo vehemente con que el que se ahoga se aferra al primer objeto que le viene á mano. Pero demasiado sabe él que la muerte y la aniquilación no existen; así como que la muerte y la aniquilación son palabras vanas y sin sentido, y por lo tanto, no le queda más remedio que luchar y sufrir, pues ni siquiera le queda el consuelo de poder retroceder en su camino. Cuando más, puede permitirse hacer un alto, mas no retroceder, porque una vez el aspirante ha penetrado verdaderamente en el sendero, la puerta de entrada ha quedado cerrada para él, así es que el retroceso es imposible. No hay para qué decir que esta puerta es sólo una figura y un símbolo, puesto que lo que verdaderamente impide que el aspirante retroceda es la luz que ha penetrado en su alma y ha disipado las tinieblas de su ignorancia; de modo que para él es desde este momento imposible dejar de comprender que su verdadero interés consiste en avanzar, porque si así no lo hiciera, entonces sus angustias y sufrimientos irían en aumento en vez de disminuir. El hombre no puede apelar á la Ley sin sujetarse á los resultados inevitables que se derivan de esta apelación, y una vez la luz ha penetrado en su alma, ha contraído un compromiso que no puede dejar de cumplir. No le queda, pues, más remedio al aspirante que proseguir su camino.

Pero, cosa extraña: así como cuando un hombre se propone alcanzar la cima de una elevada y peligrosa montaña se encuentra cada vez más fatigado á cada paso que da hasta que al llegar á dicha cima se halla completamente extenuado y rendido por el cansancio, por el contrario, el aspirante, á medida que marcha por el espinoso sendero, cobra á cada paso que da nuevo aliento, nueva energía y sus fuerzas se multiplican. Allá á lo lejos, al extremo del sendero, percibe una luz que al principio apenas distingue, pero que á cada paso que da aumenta en brillantez y esplendor. Esta luz es el faro que le indica el puerto de seguridad, así es que puede marchar en línea recta hacia su

alcance sin temor de extraviarse. Así como el viajero que se dirige hacia un determinado punto acorta á cada paso que da la distancia que de dicho punto le separa, del mismo modo el aspirante, á medida que prosigue su camino á lo largo del sendero, se aproxima más y más á la meta que se propone alcanzar; pero con la importantísima diferencia de que el viajero del símil se encuentra cada vez más fatigado, en tanto que, por el contrario, el aspirante se siente cada vez más ágil y animoso. Esto es debido á que el aspirante á cada paso que da se libra y desprende de alguna de sus impurezas é imperfecciones, se libra de algunos de los lazos que todavía le sujetan á la tierra y aniquila, en fin, á uno ú otro de sus implacables enemigos, las pasiones y deseos terrenales. Por esta razón el sendero, que al principio era tan cruel y penoso, se convierte en un sendero de paz y de calma relativas que nada de cuanto existe sobre la tierra puede proporcionar. Sólo los primeros pasos son realmente penosos y crueles, á pesar de lo cual ni aun éstos dejan de producir al aspirante la satisfacción de saber que lucha para alcanzar lo único que es digno de ser obtenido, así como la satisfacción de saber que tarde ó temprano lo conseguirá, bastando para ello que no ceje en sus elevados propósitos. Por esta razón ni aun al dar los primeros pasos cambiaría el aspirante su situación por todo lo que el mundo pudiera ofrecerle, porque una vez ha percibido el hombre un rayo de la luz verdadera, todas las cosas del mundo inferior no tienen valor alguno para él, y si bien sufre y tiene que luchar penosamente al principio, estas luchas y sufrimientos se centuplicarían si tuviese que volver de nuevo al mundo que ahora ha abandonado para siempre.

El Sendero llamado de Angustias posee encantos y felicidades que sólo pueden ser sentidas—mas no descritas por medio de palabras—por aquellos que lo recorren. Existen infinidad de cosas en la vida espiritual que al hombre ordinario le es imposible comprender, y esta felicidad de que hablamos y que la experimentan aquellos que recorren este sendero, es una de ellas. Efectivamente; es una paradoja y hasta un doble contrasentido para el hombre vulgar el decir que en un Sendero que se llama de Angustias puedan existir encantos y felicidades. Sin embargo, nada es más cierto. En este Sendero de Angustias se disfruta de una calma y serenidad de espíritu que ninguna situación terrena puede proporcionar por muy satisfactoria y halagüeña

que sea. Pero, naturalmente, esto no se puede probar por medio de palabras ni hay medio alguno para hacer asequible esta idea á la mente materializada de la inmensa mayoría de los hombres. Sin embargo, podemos presentar un símil que quizá podrá hacer comprender, siquiera sea de un modo muy imperfecto, la alegría y satisfacción que experimentan aquellos que recorren el Sendero de Angustias. Reflexionad acerca de la satisfacción y noble placer que experimenta el hombre que á fuerza de trabajo y sacrificios consigue librar de la muerte á uno de sus hijos ó que consigue librar á un inocente condenado al patíbulo por los errores que tan comunes son á la justicia humana. Esta satisfacción y noble placer todos los hombres medianamente dotados de sensibilidad y de sentido común pueden comprenderlos y apreciarlos, y son en gran número los hombres y mujeres que los han sentido. Hemos de suponer, en gracia al símil que presentamos, que este trabajo y sacrificios han sido ejecutados desinteresadamente, esto es, sin ninguna mezcla de deseo de medro personal ó ganancia pecuniaria, ó de cualquier otra clase, y sí sólo por el deseo de hacer el bien por el bien mismo. Digamos de paso que cuando el bien no se practica de un modo completamente desinteresado, el placer y la satisfacción que se siente quedan debilitados por la sombra de egoísmo que envuelve la intención del que lo realiza. Cuanto mayor es el desinterés y el altruismo del que lleva á cabo una buena acción, tanto mayor y más vívida es la satisfacción que por ella siente. Pues bien; esta satisfacción, este noble placer son los que experimentan de un modo muchísimo más vívido aquellos que recorren el Sendero de Angustias. Ellos trabajan y sufren, sí, pero sufren y trabajan desinteresadamente por una causa noble y santa, del mismo modo que el hombre que por medio del trabajo y del sacrificio consigue librar de una muerte afrentosa á un inocente. Aquellos que recorren el Sendero de Angustias se libran rápida y seguramente de sus imperfecciones é impurezas, y á medida que se purifican son cada vez más y más útiles á sus semejantes, y en esto consiste una gran parte de su placer y satisfacción. El poder ser útil á los demás constituye uno de los mayores placeres para el hombre verdaderamente altruista, y este placer lo experimentan de un modo vívido aquellos que entran en el sendero, porque al entrar en él y recorrerlo hacen voto de consagrarse al servicio de los demás; de modo que todo

cuanto obtienen por medio del trabajo y del sacrificio lo ceden en beneficio de la raza, y de esta suerte impulsan y estimulan el progreso del mundo y su humanidad. Preguntad al hombre que ha conseguido librar de la muerte á un inocente si ha sentido jamás una mayor satisfacción, un mayor placer que el que ha experimentado al realizar una acción tan meritoria, y seguramente os contestará que no existe mayor placer en el mundo. Del mismo modo aquellos que recorren el sendero os dirán que su mayor felicidad consiste en impulsar el progreso de la raza humana, librándola así de la muerte, de la ignorancia que la denigra y hace sufrir. Aquellos que recorren el sendero no lo recorren únicamente para conseguir la liberación para sí mismos; no luchan contra los poderes del mal únicamente para su exclusivo provecho individual, sino también, y muy principalmente, para ayudar y servir á la gran huérfana, la humanidad. El trabajar, luchar y sufrir para su único y exclusivo provecho individual, sería un egoismo que no puede caber en aquellos que viajan á lo largo del verdadero Sendero de Angustias. Cuando el hombre percibe la verdadera luz, entonces ve y comprende que él y sus semejantes no forman más que una sola unidad, por cuyo motivo no desea jamás salvarse solo, sino que desea hacer extensiva esta salvación á toda la raza y á toda la humanidad.

En este sendero aprende el hombre lo que no se puede aprender en ninguna otra parte, así como adquiere una suma de conocimientos y poderes que le hacen muy superior al resto de los hombres de su raza que todavía no están bastante maduros para recorrerlo. Esta suma de conocimientos y poderes le permiten realizar actos que al hombre ordinario del mundo le son completamente imposibles. Pero estos poderes entrañan también una mayor suma de responsabilidades, por cuyo motivo sólo los puede adquirir el hombre cuando su corazón es puro, cuando ha hecho el firme propósito de consagrarse al servicio de sus hermanos más débiles que él. Jamás el hombre de miras egoistas alcanzará los elevados poderes espirituales que en el sendero adquiere el hombre desinteresado y altruista consagrado al servicio de la humanidad. Todo el poder de las huestes del mal queda reducido á muy limitadas proporciones cuando se le compara con el ilimitado poder que poseen las fuerzas consagradas al bien; así es que cuando el discípulo que recorre el sendero se halla á una cierta distancia del mismo, entonces los poderes del

mal ya no pueden afectarle, del mismo modo que el hombre que se halla sobre la cima de una elevada montaña no puede ser afectado por los pútridos miasmas que se respiran en una lejana ciudad apestada situada en el llano. Cuando el discípulo se halla libre de los ataques de los poderes del mal, entonces el Sendero de Angustias se convierte para él en un sendero de paz y de felicidad. Entonces el pesar y el temor no pueden ya por más tiempo hacer presa en él porque ha llegado al puerto de seguridad. Por esta razón algunos de aquellos que se han dado cuenta de que existe este sendero y de que hay la posibilidad de recorrerlo, y que además han vislumbrado confusamente lo que al fin del mismo se halla, se han decidido á llevar á cabo esta labor, y han hecho grandes esfuerzos para alcanzarlo porque han llegado á comprender y á convencerse de que es lo único deseable, lo único que puede hacer la *felicidad* del hombre. Las aspiraciones de los que desean recorrer este sendero deben estar perfectamente de acuerdo con las leyes de la Naturaleza, la cual sólo desea el mayor bien de todas sus criaturas, por lo cual estas leyes le dicen al hombre que para obtener la felicidad verdadera debe trabajar y sacrificarse por el bien común. Nada se opone á que el hombre sea feliz y dichoso con tal que esta felicidad y dicha de que disfruta sirvan para aliviar todo cuanto le sea posible los dolores y sufrimientos de sus semejantes. Aquellos que todavía sufren—y este número está compuesto de la inmensa mayoría de la raza humana—nada pierden porque haya unos pocos de sus hermanos que han alcanzado la liberación y que por lo tanto son felices, del mismo modo que los que dicha liberación han alcanzado nada pierden tampoco en esforzarse y procurar que sus demás hermanos, menos avanzados que ellos, la alcancen. Todos y cada uno de nosotros tenemos lo que en estricta justicia nos merecemos, y si nuestro estado actual no es todo lo feliz que deseamos, esto es debido simplemente á que todavía no hemos alcanzado aquellas regiones en donde la paz y la bienaventuranza perfectas reinan constantemente. No se puede concebir en buena lógica que siendo la Ley justa y equitativa deba ser el sufrimiento patrimonio del hombre que por medio de sus esfuerzos ha conseguido librarse de las cadenas de la ignorancia y que ha logrado elevarse á un estado de pureza en el cual sólo siente amor y compasión para con todas las criaturas. El dolor y el sufrimiento sólo son patrimonio de la ignoran-

cia y de la imperfección, puesto que cuando el hombre *sabe* y *comprende* verdaderamente, entonces esta sabiduría le coloca en situación de poder alejar de sí todo sufrimiento y dolor. Toda dicha y felicidad descansa sobre la segura base del verdadero conocimiento de las cosas; pero el conocimiento verdadero sólo puede obtenerse por medio del sacrificio y trabajo perseverantes. Es inconcebible y absolutamente imposible que un hombre que realmente *sabe* pueda sufrir, porque este verdadero saber le confiere por modo infalible el poder de alejar de sí toda clase de sufrimiento y dolor. Y después de todo, ¿qué razón hay para que sufra el hombre que ha logrado la perfección? ¿De qué le serviría esta perfección si estuviera sujeto al sufrimiento lo mismo que los demás hombres que todavía son imperfectos? De nada ó de muy poca cosa le serviría esta perfección, lo cual equivale á decir que hubiera sido un necio al trabajar y esforzarse para adquirirla. Por lo tanto, la perfección y la cesación de todo dolor son dos cosas inseparables. Los que todavía sufrimos es debido á que no hemos adquirido el conocimiento perfecto de las cosas, y por lo tanto, no poseyendo el conocimiento tampoco poseemos el poder de alejar de nuestro lado lo que es causa y origen de nuestro dolor. Por esta razón, aquellos que verdaderamente saben miran con ojos compasivos á los titulados sabios de la tierra, á los seudo-sabios que con toda su sabiduría no consiguen alejar de sí la más leve sombra de dolor. Pero debemos recordar una vez más que el verdadero saber entraña la más perfecta pureza de corazón y el más perfecto altruismo, pues sin ellos no es posible obtener el verdadero conocimiento. Así como el oro no puede llegar á ser tal hasta que no está completamente libre de escorias, de la propia suerte el saber no puede llegar á ser saber verdadero si no va unido con una pureza de corazón y altruismo perfectos. Tan imposible es que un hombre de tendencias egoístas llegue á poseer el verdadero conocimiento, como es imposible que un recipiente lleno de grietas y agujeros pueda contener agua líquida. Se engañan, pues, lastimosamente aquellos que, persiguiendo fines egoístas y siguiendo la senda del mal, esperan, sin embargo, obtener ciertos elevados poderes. Todos los poderes que puede conferir la senda tenebrosa se reducen á muy poca cosa comparados con los que confiere la senda en donde siempre brilla la luz. Por otra parte, los poderes que el hombre egoísta puede hallar en la senda tene-

brosa, además de ser muy limitados y restringidos, son efímeros y transitorios, al paso que los que el hombre altruista adquiere al marchar por la Senda de la Luz siempre van en aumento y persisten eternamente.

Como se ve, las ventajas que el hombre reporta al recorrer el Sendero de Angustias son incalculables, pues si bien es cierto que al dar los primeros pasos sufre mucho y con gran violencia á causa de sus imperfecciones é ignorancia, esto no obstante, dicho sufrimiento se convierte gradualmente en satisfacción y alegría á medida que avanza. He aquí, pues, por qué aquellos cuyos ojos se han abierto se esfuerzan en recorrer este sendero que al principio de la jornada es un verdadero calvario ó Sendero de Angustias, pero que á la mitad de la misma es un sendero de paz y de felicidad, hasta que por último, cuando se llega á su fin, se convierte en un Sendero de Delicias Inefables.

W. MORLEMBACK.

EL PROBLEMA SOBRE LA DESIGUALDAD DE CONDICIONES

Si el sufrimiento en general es hijo de la necesidad, parece lógico que al asestar sus golpes lo hiciera de una manera uniforme, con regularidad é imparcialmente, entre todos los séres, sin distinción de clases. Mas no ocurre así; á cada momento pierde su carácter impersonal; respeta á grandes culpables, mientras castiga, sin razón aparente, con loca ceguedad, á individuos los más inocentes; entre familias de criminales nacen almas elevadas, y entre padres de una santa respetabilidad nacen hijos criminales; hay parricidas y hermanos que son enemigos irreconciliables; millonarios que fallecen de indigestiones al lado de los que se mueren de hambre; gigantes que se enseñorean en presencia de los pigmeos; séres sanos y bien constituídos aparecen junto á séres estropeados ó minados por afrentosas enfermedades; los Apolos haciendo contraste con los Quasimodos; los genios frente á los idiotas; hay, además, los muertos antes de nacer, los sordomudos y los ciegos de nacimiento. Razas injuriosamente distintas pueblan la tierra: de un lado, los negros repugnantes, ininteligentes y caníbales; del otro, la orgullosa, bella, inteligente, pero egoista y cruel raza

blanca. Y si nos colocamos en el punto de vista moral, ¿quién es capaz de explicar las tendencias congenitales al crimen, los viciosos de nacimiento, los malos por naturaleza y las pasiones indomables? ¿Por qué falta la previsión á tantos hombres que se ven por esa causa sumidos en una perpetua miseria? ¿Por qué el exceso de inteligencia no sirve de ordinario más que para la explotación de los que carecen de ella? ¡Y para qué insistir! No tenemos más que mirar alrededor nuestro y veremos cómo el sufrimiento sentó sus reales en todos los sitios: en los hospitales, en las cárceles, en los asilos de noche, en los palacios y en las buhardillas; por todas partes la injusticia parece haber izado su pabellón. ¿No hay acaso una respuesta contra esta horrible acusación dirigida á la Divinidad? ¿Y debe el hombre permanecer aterrado, con la cabeza baja, descorazonado como bajo el peso de una catástrofe irreparable?

Según la Iglesia, todo esto es obra del alma que Dios da al nacimiento de los hombres: alma buena ó malvada, sabia ó estúpida, que se condena ó se salva, según que su voluntad pueda ó no dominar sus pasiones; según que su inteligencia sepa ó no encontrar el camino del cielo; según que el favor ó el disfavor la predestinen á la gloria ó al infierno.

Desde luego preguntamos si no es una profanación presentar á Dios de este modo, acechando las concepciones para crear almas tan injustamente dotadas, almas de las que unas, la mayor parte, no escucharán jamás la palabra evangélica y no podrán, por lo tanto, ser salvadas, á la par que otras, en número bastante crecido también, ¡están destinadas á animar los cuerpos de los antropófagos ó de los salvajes desprovistos de sentido moral! ¿Acaso no es un sacrilegio concebir que la Divinidad, que es todo sabiduría y amor, sea una especie de cómplice de los adulterios, de los violadores ó de los impúdicos, ó el juguete de las infamias de los malthusianos? ¡Blasfemos inconscientes, que quisieran imponernos como rayos de luz esos frutos de un mar de cieno!

. . . .

La desigualdad de condiciones proviene, ante todo, de la continuidad de lo que pudiera llamarse la creación. Incesantemente fórmanse átomos en el seno de la Virgen Madre (1) por

(1) La materia primordial que no tomó parte en ninguna combinación; que no ha sido diferenciada.

la fuerza del torbellino divino, percibido por los videntes en sus éxtasis, y que la Teosofía denomina el Gran Soplo; estos átomos penetran de continuo en los organismos múltiples; el plan de la evolución se verifica y prosigue sin descanso; unos séres concluyen y otros comienzan la gran peregrinación. La existencia de ese circuito es lo que crea y mantiene completa la jerarquía de los séres, que forma y perpetúa los reinos conocidos y desconocidos de la Naturaleza; las almas ascienden lentamente de uno á otro reino, al mismo tiempo que los sitios abandonados por ellas son ocupados por las recién llegadas, por almas jóvenes.

La segunda causa de las desigualdades humanas es la diferencia de los esfuerzos y de los actos llevados á término por la voluntad de los séres que alcanzaron un cierto desarrollo. Esta voluntad, desde el momento que es guiada por la inteligencia y el sentido moral, apresura ó retarda la evolución individual; la hace fácil cuando obra de acuerdo con la ley divina, practicando lo que llamamos el «bien», ó la perturba por el dolor cuando va en desacuerdo, practicando el «mal». Si se modifican las corrientes de la ley, el alma engendra fuerzas beneficiosas ó satánicas, que después de haber ondulado en el universo hasta llegar á la barrera que la ley tiene establecida, regresan á su punto de origen, el hombre. Desde luego se desprende que los platillos de la balanza de los individuos quedan desigualmente cargados. Estas resultantes de la voluntad influencian notoriamente la existencia del que las creó; permanecen conservadas en estado latente después de la muerte para presentarse de nuevo en las futuras venidas á la tierra.

De esta manera es como los hombres nacen con el fardo de sus cosechas anteriores y en posesión de las facultades que han desarrollado en el curso de su evolución. Aquellos á quienes las dificultades de la vida hicieron enérgicos en otra etapa, vuelven á la existencia terrena dotados de esa cualidad que el mundo admira—, el valor ó la perseverancia, la calma paciente ó la violencia que arrebata,—según la característica de la energía que se cultivó. Otros, por el contrario, nacen sin vigor; sus vidas anteriores fueron demasiado blandas. Del propio modo que unos han nacido filósofos, matemáticos, sabios ó artistas, otros son santos ó criminales desde la cuna.....................

Las almas, mientras se encuentran como soñolientas en es-

tado de germen, confundidas en el seno del sér, son iguales en potencialidad, y se vuelven desiguales cuando hacen su aparición en el universo manifestado, pues se encuentran con otras que llegaron antes, con los precursores, con los hermanos mayores. La desigualdad se intensifica cuando han alcanzado el nivel humano, cuando despunta la inteligencia y la voluntad, porque desde ese momento la desigualdad de los actos en los individuos, las variaciones de lo que pudiéramos llamar el mérito y el demérito, establecen un segundo factor en la desigualdad de condiciones. La evolución conserva las causas que no pudieron germinar en una existencia, y por venidas sucesivas á la tierra se realizan las miras de la justicia que rige el universo y los designios del amor que lleva á cabo el progreso y conduce á la perfección.

Th. PASCAL

(Traducción de J. S. Pujol.)

EL PRESERVATIVO DEL ERROR

(ALMONQUID MINADALAL)

POR

ABUHAMID-MOHAMED-ALGAZEL

(CONTINUACIÓN)

División de las ciencias. Las ciencias, con relación al fin que nos hemos propuesto, se dividen en seis secciones: 1.ª, Matemáticas; 2.ª, Lógica; 3.ª, Física; 4.ª, Metafísica; 5.ª, Política, y 6.ª, Moral.

1.ª *Las Matemáticas.*—Comprenden el conocimiento del cálculo, la geometría y la cosmografía. No tienen ninguna relación con las ciencias religiosas, y no prueban nada ni en pro ni en contra de ellas. Descansan sobre un conjunto de pruebas que, una vez conocidas y perfectamente comprendidas, no pueden rechazarse. Sin embargo, las Matemáticas pueden producir dos inconvenientes:

1) El primero consiste en éste: Cualquiera que estudie esta ciencia admite la sutilidad y la evidencia de sus pruebas; la confianza que hay en la filosofía aumenta, y piensa que todas esas partes tienen la misma claridad y la misma solidez de pruebas que las Matemáticas. Pero cuando oye hablar de la in-

credulidad de los matemáticos, de la impiedad y del menosprecio que profesan por la ley santa, lo que todo el mundo repite, él se limita á formular de viva voz esas acusaciones por simple deferencia y por autoridad, pero dícese al mismo tiempo que la verdad, si existiera en la religión, no podría quedar ignorada de aquellos que han desplegado tanta sutilidad en el estudio de las Matemáticas. Y entonces, conociendo la incredulidad é impiedad de estos sabios, llega á concluir que se está en la verdad negando y rechazando la religión. ¿Quién no se ha encontrado con esos extraviados espíritus, que no tenían más argumento que ese? Y cuando se les ha dado la argumentación siguiente: «No es necesario que un hombre hábil en la ciencia lo sea en las demás cosas, ni que sea versado á la vez en la jurisprudencia, en la teología y en la medicina. Puede uno ignorar la metafísica y ser un gramático excelente. Se encuentran también en cada ciencia hombres que han llegado á ser maestros en ellas, permaneciendo completamente ignorados en las otras ramas del saber. La argumentación de los antiguos es rigurosamente demostrativa en las Matemáticas y solamente conjetural en las cuestiones religiosas. Es preciso, pues, para convencerse, experimentar y estudiar á fondo la cuestión.» Cuando se hace esta objeción al *incrédulo por imitación*, estoy seguro que no le parece aceptable, y cediendo al imperio de las pasiones, ó á una tonta vanidad y al deseo de pasar por sabio, persiste en sostener la preeminencia de las Matemáticas sobre todas las ciencias.

He ahí un inconveniente serio. Por esta razón es menester impedir á los que estudian Matemáticas el que vayan demasiado lejos en sus indagaciones; pues por extraño que sea este estudio á las cosas de la religión, sirviendo de introducción á los sistemas de los filósofos, penetra en la religión con su influencia nefasta. Es raro que un hombre se entregue á ellas sin despojarse de su creencia y desasirse del freno de la religión.

2) El segundo inconveniente proviene del musulmán sincero pero ignorante, que cree defender mejor la religión negando todas las ciencias exactas, proscribiéndolas y tratando de ignorantes á los que las cultivan, llegando á rechazar hasta sus teorías de los eclipses de luna y de sol, condenándolos en nombre de la fe religiosa. Esta acusación se propaga y llega á los oídos de aquel que sabe que esas teorías descansan sobre pruebas irrefragables, y lejos de disminuir por eso su confianza en ellas, cree, por lo contrario, que el Islam tiene por base la ignorancia y la negación de las pruebas científicas, y su afición á la filosofía se acrecienta con el odio que lleva á la religión. Es, pues, con gran detrimento de la religión como se supone que la defensa del Islam exige la condenación de las ciencias exactas. La ley religiosa no contiene nada que las apruebe ó condene, y á su vez ellas no se proponen atentar contra las materias religiosas.

*

Las palabras del Profeta: «El sol y la luna son dos signos del poder de Dios, que no se eclipsan ni por la muerte, ni por el nacimiento de nadie. Cuando veais esos fenómenos refugiaos en la oración é invocad el nombre de Dios», no implican la condenación de los cálculos astronómicos, que determinan la marcha de esos astros, su conjunción y su oposición según las leyes que les son propias.

Y en cuanto á las palabras que se añaden á esta tradición: «Pues Dios, cuando se manifiesta en una cosa disminuye su poder», no las he visto en ninguna recolección auténtica de las tradiciones.

Tales son las ventajas y los inconvenientes de las Matemáticas.

2.ª *La Lógica.*—Esta ciencia tampoco contiene nada en pro ó en contra de la religión. Estudia las diferentes especies de pruebas y de silogismos, las condiciones que deben reunir las premisas de una proposición, la manera de combinarlas, las reglas de la buena definición y el arte de formularla; pues el conocimiento se compone de *representaciones* que deben su evidencia á la definición, ó de *convicciones* que resultan de las pruebas. No hay, pues, nada de blasfematorio en esta ciencia, y lo mismo pueden utilizarla los teólogos que los filósofos. La única diferencia que hay consiste en que éstos últimos emplean expresiones y términos particulares para llevar más allá las definiciones y divisiones. He aquí un ejemplo de su razonamiento: «Si se prueba que la totalidad de A es igual á B, síguese que una parte de B es igual á otra de A. Así probado que todo hombre es animal, síguese que algunos animales son hombres.» Esto es lo que formulan en el axioma: «La consecuencia general entraña *por inversión* la consecuencia parcial.»

Pero ¿qué tienen de común esos procedimientos con las graves cuestiones de religión y con qué derecho rechazarlos? Negándolas uno no hace sino inspirar al lógico una opinión desfavorable de la inteligencia y de la creencia en su adversario, pues él no puede creerla fundada más que sobre tales negaciones. Ahora bien: es preciso reconocer qué lógicos cometen un abuso, pues exigiendo al razonamiento ciertas condiciones que conducen á la certeza absoluta, cuando abordan las cuestiones religiosas no pueden prescindir de ellas, ni deponer su habitual rigor. Ocurre también que cuando una persona enamorada de la lógica y de su evidencia oye tratar de impíos á sus maestros, cree que esa impiedad reposa sobre pruebas tan fuertes como las de la lógica, y en seguida, sin abordar el estudio de la metafísica, participa de su error. He ahí una de las desventajas que presenta el estudio de la lógica.

3.ª *La Física.* — Esta estudia los cuerpos que constituyen el Universo: el cielo y sus astros y los cuerpos simples de la tierra, tales como el agua, el aire, la tierra y el fuego, y los

cuerpos compuestos como las plantas y los minerales. Estudia, además, las causas de sus cambios, sus evoluciones y sus mezclas. Se relaciona, por la naturaleza de sus indagaciones, con la medicina, cuyo objeto es el cuerpo humano, sus órganos principales y secundarios, y la ley que preside á los cambios de su composición. No reprobando la religión á la ciencia médica, no debe reprobar tampoco el estudio de la física, como no sea en algunas cuestiones particulares que ya he mencionado en mi obra titulada *La caída de los filósofos* (1). Hay además algunas otras cuestiones que rechazar, pero fácilmente se ve que se derivan de las primeras. Toda la física creemos que reposa sobre el siguiente principio: La naturaleza está sometida por completo á Dios, y es incapaz de obrar por sí misma; es el instrumento de que el Creador se sirve. El sol, la luna, los astros, todos los elementos están sometidos á Dios y no pueden producir nada por sí mismos. En una palabra: nada en la naturaleza puede obrar espontáneamente y fuera de la esencia de Dios.

4.ª *La Metafísica.*—Esta es la que produce, sobre todo, los errores de los filósofos. No pueden ellos satisfacer á las leyes de una argumentación rigurosa, tal como exige la lógica, y eso es lo que explica el gran desacuerdo que surge entre ellos en el estudio de la Metafísica. El sistema más próximo de los doctores musulmanes es el de Aristóteles, tal como Al-Faraki y Avicena no le han dado á conocer. La suma de sus errores puede reducirse á veinte proposiciones, tres de las cuales son impías y heréticas las diez y siete restantes. Para destruir el sistema en cuestión es precisamente para lo que hemos escrito nuestra obra *La caída de los filósofos*. Las tres proposiciones en que se oponen á todas las doctrinas de los musulmanes son las siguientes: 1.ª «Los cuerpos no resucitan nunca; las almas únicamente serán recompensadas ó castigadas, y los castigos serán, por lo tanto, espirituales y no materiales.» Tienen razón para admitir los castigos espirituales, pero mienten cuando niegan los corporales y los rechazan de los dogmas de la ley religiosa. 2.ª «Dios conoce los universales, pero las nociones especiales se le escapan.» Esto es también una impiedad manifiesta. La verdad está en el versículo siguiente: «El peso de un átomo sobre la tierra ó los cielos no escapa á las miradas de Su Señor» (2); y 3.ª Sostienen que el mundo existe de toda eternidad, y que no acabará nunca. Todas estas proposiciones no han sido admitidas jamás por los musulmanes. Rechazan además los atributos de Dios, y sostienen que Él conoce por su esencia misma, no por una noción accesoria á su esencia, y se aproximan en este punto á las doctrinas de los motazelitas, doctrina que no estamos obligados á tener por impía. Al contrario, en nuestro libro titulado *Juicio de-*

(1) Otro título de *La destrucción de los filósofos*.—(R. U.)
(2) X, 62.

finitivo de las diferencias que separan al Islam del ateismo, hemos demostrado que la depravación de espíritu de los que tachan de impiedad todo lo que es contrario á su manera de ver.

5.ª *La Política*.—Se limita esta ciencia á trazar las reglas relativas á los negocios temporales y al poder real. Las teorías sobre este punto se han sacado de los libros que Dios á revelado á sus profetas, y de las sentencias de los sabios de la antigüedad, recogidas por la tradición.

6.ª *La Moral*.—Todo su sistema de moral consiste en definir los atributos y cualidades del alma, agrupándolos por géneros y especies, indicando además el medio de atemperarlas y dominarlas. Han sacado este sistema de los sufís. Estos hombres piadosos, siempre ocupados en invocar el santo nombre de Dios, y en combatir la concupiscencia y en seguir el camino de Dios renunciando á los goces de este mundo, han recibido en sus éxtasis las revelaciones sobre las cualidades del alma, sus defectos y malos pensamientos. Esas revelaciones las han publicado, y los filósofos, amparándose con ellas, las han introducido en su propio sistema á fin de embellecerle y de dar curso á sus mentiras. Ha habido en todas las épocas como en todos los tiempos de esa clase de místicos fervientes, pues Dios no ha privado jamás al mundo de acá abajo de esos que son los sostenes y que atraen las bendiciones del cielo; y es lo que confirma la tradición: «Es por ellos por quien obtenéis la lluvia, y es por ellos por quien recibís nuestra subsistencia.» De este número eran *los hombres de la cueva* que vivieron en los tiempos pasados, como cuenta el Alcoran (1). Pero de esta mezcla de doctrinas morales y filosóficas con las palabras del Profeta y con las de los sufís nacen dos peligros: uno para los partidarios de esas doctrinas, y otro para sus adversarios.

El peligro que resulta para sus adversarios es serio. Un hombre de espíritu limitado, al encontrar en esos escritos mezclada la moral con vanas teorías, creerá de su deber rechazarlas y proscribir y condenar al que las profesa. No habiéndolas recogido sino por su boca, no dudará en su ignorancia en declararlas falsas, porque los que las enseñan viven en el error. Es como si alguien rechazase la profesión de fe de los cristianos: «No hay más que un solo Dios y Jesús es su apóstol», únicamente porque proviene de los cristianos, y sin indagar si los cristianos son infieles por esa profesión de fe ó porque niegan la profecía de Mahoma. Pero si no son infieles sino en cuanto reniegan de nuestro Profeta, no se les ha de rechazar lo que en ellas no cita en carácter de su Infidelidad. En una palabra: la verdad que se halla entre ella no deja de ser verdad porque entre ellas esté. Tal es, sin embargo, la inclinación de esos espíritus débiles que juzgan la verdad según los hombres en vez de juzgar á estos

(1) Véase el cap. XVIII, del Alcoran.

según aquéllos. Un entendimiento despejado tomará por norma esta máxima del príncipe de los creyentes Alí, hijo de Ibu Taleb: «No esperes conocer la verdad según los hombres; busca desde luego la verdad y encontrarás en seguida á los que la profesan.» Así es como procede el sabio: una vez en posesión de la verdad examina el fondo de las doctrinas y, cuando las ha encontrado verdaderas, las acepta sin inquietarse por si el que las enseña es sincero ó un farsante. Recordando además que el oro que yace en las entrañas de la tierra, esfuérzase en desentrañar la verdad del cúmulo de errores bajo el cual se halla sepultado. El cambiante experto hunde sin vacilar su mano en el bolso del monedero falso, y fiándose únicamente en la experiencia, separa las monedas buenas de las malas. Al aldeano ignorante y no al comerciante experto es á quien se debe advertir que no trate con el monedero falso. Al nadador inexperto es únicamente á quien se le debe apartar de las orillas del mar, pero no al nadador experimentado. Es al niño y no al encantador á quien se debe prohibir que toque á las serpientes.

Los hombres tienen, en verdad, una buena opinión de sí propios, de su mérito superior, de la profundidad de su espíritu; se creen hábiles para distinguir entre lo verdadero y lo falso, el camino de la salvación del camino extraviado, que es menester prohibirles en cuanto sea posible la lectura de escritos filosóficos, porque si bien pueden escapar á veces á los peligros que acabamos de señalar, no pueden evitar los que á continuación indicaremos. Algunas de las máximas que se hallan en mis obras referentes á los misterios de la religión han encontrado contradictores que ocupan un rango inferior en la ciencia y sin vista para alcanzar la profundidad de las doctrinas. Han pretendido esos mismos que esas máximas están tomadas de los filósofos antiguos, pero la verdad es que son fruto exclusivo de mis propias meditaciones. Lo que sucede es que como dice el proverbio, siempre cae el zapato sobre su sombra. Algunas se encuentran en nuestros libros de la ley religiosa, pero la mayor parte están sacadas de los escritos de los sufís. Pero aunque algunas estuviesen sacadas exclusivamente de las doctrinas filosóficas ¿es que por ventura no tiene uno el derecho de tomar una opinión cuando es razonable por sí misma, cuando está apoyada por pruebas sólidas y cuando no la contradicen ni el Alcoran ni la tradición? Si uno que prosigue esa vía hubiera de rechazar toda verdad proclamada por un engañador, ¡cuántas verdades habría que rechazar! ¡Cuántos versículos del Alcoran, qué de tradiciones del Profeta, de relaciones sufís, de sentencias de los sabios no tendrían que admitirse porque el autor de *El tratado de los hermanos de la pureza* los ha insertado en sus escritos para las necesidades de su causa y con el fin de conducir gradualmente á los espíritus por el camino del error!

La consecuencia de tal teoría sería que los impostores nos

arrancarían las verdades de las manos para adornar sus propias obras. El menor mérito del sabio es el no hacer causa común con el hombre á quien ciega la ignorancia.

La miel no es impura porque haya estado en un bote donde pueda servir al cirujano para las ventosas; la sangre no debe su impureza al contacto con ese vaso, sino á una propiedad inherente á su naturaleza; y esa propiedad, no existiendo en la miel, no puede comunicarse por hallarse en la ventosa. Es, pues, por un error por lo que se le considera entonces impura. Tal es, sin embargo, el curso común en casi todos los hombres. Toda palabra emanada de una autoridad que creen respetable, es aceptable para ellos por falsa que sea; y todas las procedentes de quien sospechan sin prestigio se rechazan aunque sean verdaderas. En todos los casos juzgan de la verdad según los hombres y no de los hombres según la verdad, lo que constituye el colmo del extravío. Hé ahí el peligro que presenta la filosofía para sus adversarios.

Hay otro peligro que amenaza á los que aceptan las opiniones de los filósofos. Cuando se lee, por ejemplo, en los tratados de *los hermanos de la pureza* y en otras obras del mismo género, se encuentra uno sentencias proferidas por el Profeta y citas de los sufís y se aprueban esas obras, se las concede confianza y se acaba por aceptar los errores que contienen, á causa de la buena opinión en que se han inspirado. Así es como insensiblemente se llega al error. En previsión de este peligro es preciso prohibir la lectura de los escritos filosóficos, tan llenos de vanas y peligrosas utopias, así como se aparta de las orillas resbaladizas de una ribera al que no sabe nadar. Es menester prohibir la lectura de esas doctrinas embusteras, como se prohibe á los niños el tocar á las serpientes. El mismo encantador se abstendrá de tocarlas en presencia de su hijo, porque sabe que el niño, creyéndose tan hábil como él, no dejará de imitarle, y así para dar más fuerza á su prohibición es por lo que el encantador no pondrá su mano á una serpiente delante de su hijo. Tal debe ser la conducta del sabio prudente. Pero el encantador después de haber cogido una serpiente y distinguido el veneno del antídoto, poniendo el veneno á un lado, no debe rehusar el antídoto á los que pueden necesitarlo, de la misma manera que el cambiante experto, después de haber metido la mano en el bolso del monedero falso, cogiendo las monedas buenas y arrojando las falsas, no debe rehusar el oro de buena ley á los que lo reclaman. Tal debe ser la manera de obrar del sabio. Si el enfermo experimenta una ligera repulsión por el antídoto, porque le ha sacado de la serpiente, cuyo cuerpo es el receptáculo del veneno, es menester desengañarle. Si al hombre necesitado le repugna tomar la moneda de oro que sabe ha salido del bolso del monedero falso, es preciso advertirle que su duda es un gran error que le privará de las ventajas que busca. Es menester demostrarle que el

contacto de las buenas piezas con las malas no altera á aquéllas ni el de las buenas hace mejores á las malas. Y del mismo modo el contacto de la verdad con el error no cambia lo verdadero en falso, ni lo falso en verdadero.

Hé ahí lo que teníamos que decir de los inconvenientes y peligros que presenta la filosofía.

La secta de los talimitas.

Después de haberme dedicado á un estudio profundo y completo de la filosofía, y de haber reputado sus errores, comprendí que no, ella no respondía por completo á las exigencias de mi situación, porque la razón ni puede abarcar todas las cuestiones, ni descubrir el velo que oculta tantos enigmas. Una secta de novadores, los talimitas, acababa de aparecer; por todas partes se decía que aquellos hombres creíanse en posesión de la verdad, gracias á un imam impecable que la proclama y defiende. Entonces concebí el deseo de conocer aquella doctrina, estudiando los libros que la contienen. En tal situación, una orden emanada del califa me obligó á componer una obra en que estuviese claramente expuesto el sistema talimita.

Esta orden, á la que no podía contravenir desde luego, fué como un impulso exterior que me llevó á realizar el objeto que en secreto meditaba. Me puse, pues, á la busca de sus libros y recogí la exposición de sus doctrinas; y abiendo sabido que ciertos novadores se hacían luz entre esta secta y se alejaban de las creencias adoptadas por sus antepasados, yo las dispuse en orden regular para facilitar así su examen y las discutí luego de una manera categórica.

El celo que puse en exponer su doctrina me atrajo los reproches de un sabio doctor: «Trabajáis para ellos—me decía —; ellos serían incapaces de defenderse de una manera tan plausible, sino pusierais tanto orden y método en su doctrina.» Este reproche podía tener fundamento hasta cierto punto. Con iguales razones Ahmed Ibn Hambal censuró á Haretn El Muasebi (1) cuando dió éste á luz una refutación de la secta de los motazelitas. En vano Haretn le recordaba la obligación rigurosa impuesta á todo musulmán de combatir el error. «Es verdad, respondía Ibn Hambal, pero también es cierto que habéis expuesto sus conjeturas antes de refutarlas, y ¿quién os dice que el lector, encantado por ellos, se ocupa luego de vuestra refutación ó que comprenda todo su alcance cuando la lea?» La objeción de Ibn Hambal es plausible, pero no se aplica sino á los errores que aún no están extendidos y no son notorios por consiguiente. Desde que se hacen públicos, es menester combatirlos, y para hacerlo es preciso que se les exponga primero. Lo esencial no es

1) Sabio doctor de Basvah que murió en 243 de la hégira y fué llamado así porque escribió el diario de su conciencia.—(R. U.)

atribuir al adversario argumentos en los que no ha pensado jamás, y eso yo lo he evitado constantemente.

Debo el conocimiento serio de mis doctrinas á uno de mis amigos que las había estudiado y acogido. Ese amigo me indicó que ellos se burlaban de ciertas obras donde se les refutaba, decía, sin haber comprendido aún su demostración; y en seguida presentó ante mí esa exposición tal como él la había recogido de sus labios. Esa es, pues, la que yo daré para que no se me acuse de descuidado y la que extableceré sólidamente para que no se suponga que no la he comprendido, y después de llevar ese examen hasta donde pueda, demostraré rigurosamente la vanidad de la doctrina en cuestión. En definitiva no tiene ningún valor y ningún fundamento y no merece la inconsiderada atención que la han prestado algunos musulmanes bien intencionados, pero ignorantes, y que á no ser por ellos, un sistema tan débil jamás había conseguido un desarrollo parecido. El fanatismo imprudente de los defensores de la verdad los arrastra á interminables polémicas donde combaten palmo á palmo las premisas y los argumentos de sus adversarios. Desdeñan ellas refutar la teoría de la doctrina *(talim)* y del doctor *(imam)* y esta otra tesis «que todo doctor no es bueno, pero que es preciso un doctor impecable». El curso dado á su argumentación sobre la necesidad de la doctrina y del doctor, y la debilidad de sus contradictores seducen á un gran número de hombres que proclaman la superioridad de la secta talimita y la vanidad de la creencia opuesta, sin comprender que no hace falta acusar la debilidad y lo defectuoso del método de los sostenedores de la verdad.

Es justo reconocer que un doctor es necesario y que debe de ser impecable, pero debemos añadir que ese doctor es Mahoma. «Ha muerto», dicen nuestros adversarios. «El vuestro es indisvisible» les respondemos. Si ellos replican: «Nuestro doctor ha instruído á sus misioneros y les ha enviado á todas partes para que recurran á él en los casos dudosos y difíciles.» Nosotros contestaremos entonces: «Nuestro doctor ha catequizado también á sus misioneros y les ha enviado á todos los países. Su enseñanza es perfecta, como se dice en el Alcoran: *Hoy he puesto el sello á nuestra religión y os he colmado de mi favor* (1). Pero cuando la enseñanza es completa ¿qué importa que el doctor haya muerto ó que sea invisible?»

Si se nos hiciese esta objeción: «¿Cómo vuestros misioneros pueden decidir en los casos en que falta el texto? Será por puros razonamientos; pero, ahora bien, ¿la opinión particular no es siempre contestable?» Nuestra respuesta sería entonces ésta: «Ellos regulan su conducta según la del *mohadj*, que el Profeta dió en el Yemen, ateniéndose á juzgar según el texto en todos

(1) Alcoran V, 5.

los casos en que el texto existe y según la razón cuando el texto guarda silencio.» Así es precisamente como obran los doctores talimitas cuando se encuentran lejos de su imam. No pueden juzgar siempre según el texto puesto que es limitado y los casos justiciables son infinitos. Y no pueden tampoco volverse hacia el imam en todas las ocasiones, porque no habrían concluído su viaje muchas veces, y podrían morir y perder también el fruto de sus esfuerzos. Así es menester que juzguen, según su razón. Así, el musulmán que á la hora de la oración duda sobre la orientación de la Kaabah, debe orientarse, según las conjeturas de su entendimiento, ó ir en busca del imam para consultar sobre la verdadera dirección; pero como en este caso la hora legal de la oración se pasaría, debe hacer su oración según su propio juicio, repitiendo según el Profeta: «El que buscando la verdad se engaña, obtendrá una recompensa, y el que la alcance obtendrá una recompensa doble.» Y lo mismo debe hacer en casos semejantes. La limosna á los pobres, por ejemplo, es uno de los deberes de la religión. Es posible que se haga á un hombre á quien no haya razón para socorrerle, ya porque disimule su situación, ya porque sea rico. El error en tal caso tiene excusa, porque el donante no puede ser culpable por haber usado equivocadamente de los recursos de su razón. Si se me dijera que un juicio opuesto podría ser válido y atendible, yo respondería: El hombre está autorizado para guiarse, en este caso, según su propia razón, como el que adopta tal ó cual orientación para la oración, aunque su vecino adopte otra. Pero se me dirá: Si el fiel debe seguir el aviso de Chafeyi, de Ibn Hanifah ó de otro doctor. A eso replicaré: El fiel que trata de orientarse para orar, si el caso es dudoso, si las opiniones son diversas, ¿qué debe hacer?; pues buscar desde luego en la luz de su inteligencia cuál es la que da mejores indicios de la verdadera orientación, decidiéndose por ella, con lo que resulta que atiende á su propio razonamiento. Este llamamiento á la razón es necesario en todas las comunicaciones religiosas, porque los imames y los mismos profetas se pueden engañar. Mahoma lo ha dicho: *Yo juzgo según la apariencia. Sólo Dios ve el fondo de los corazones*. Es decir, yo juzgo según las presunciones que resultan para mí de los testimonios. Si los profetas mismos están expuestos á engañarse consultando á su razón, ¿quién osará creerse infalible?

Aquí los talimitas me harán dos objeciones. Vuestro argumento—dirán primeramente—puede ser bueno por la deducción de la razón, pero no podrá aplicarse á las creencias fundamentales, para las que el error no tiene disculpa. ¿Qué habrá que hacer entonces? Yo respondo: Las creencias fundamentales están contenidas todas en el Alcoran y en la tradición *(Sunnah)*. En cuanto á las cuestiones que se prestan á discusión, se descubre en ellas la verdad, pesándolas en la justa balanza, es decir, por

medio de las reglas de equidad que se mencionan en el Alcoran. Son cinco y las hemos indicado en nuestro libro titulado *La balanza justa*.

Si se me objeta que mis adversarios rechazan esa justa balanza, yo replico: «Una vez que esté ésta bien definida y comprendida, es imposible que se rechace. Pero no serán los talimitas los que la rechazarán, porque me ha sido enseñada por el Alcoran y la he sacado de ese libro. Tampoco la rechazarán los lógicos, porque está completamente conforme con las reglas de la sana lógica; ni los teólogos, porque yo me sirvo de pruebas especulativas que la misma teología emplea para descubrir la verdad.»

Ahora bien; ¿cómo es—se me dirá—, que teniendo entre las manos un instrumento tan poderoso no habéis concluído con todas las polémicas que dividen á los hombres? «Si me quisieran escuchar — respondería yo —, habrían concluído esas contiendas. En mi libro *La balanza justa* he indicado el medio para el caso.Leedle y os convenceréis de que, si hubiera sido escuchado, lo que por desgracia no ha ocurrido, se habría llegado á esa tranquilidad de las inteligencias. Mi obra, sin embargo, ha restablecido la concordia entre aquellas gentes que han prestado atención á sus enseñanzas. Vuestro imam espera acaso pacificar á los entendimientos, aun sin hacerse escuchar, pero me parece que no lo logrará. Hay más: Así mismo, el jefe de todos los imams no ha llegado á ese resultado. ¿Sostendréis, pues, que vuestro imam puede reducir á los hombres á que le escuchen? Pero ¿por qué no lo ha hecho? ¿Qué espera para hacerlo? ¿Qué resultado ha obtenido de su predicación sino un acrecentamiento de contradicciones y contradictores? Se temía con razón que las discordias religiosas tuviesen tan funestos resultados como la efusión de sangre, los asolamientos, la orfandad, la viudedad, el robo y el pillaje sistematizados, y en efecto, gracias á vuestra obra pacificadora ¡los desastres más inauditos han estallado en el mundo!

La siguiente observación que se me ha dirigido, también constituye otra objeción en contra mía. «Tú crees poder suprimir las diferencias entre los hombres; pero si cuando entre tantas sectas y tanta diversidad de opiniones flota un espíritu incierto ¿cómo podrás obligar á su vez á que te escuchen tus contradictores que son tan numerosos? No estais sobre la misma línea.

El argumento se vuelve contra vosotros mismos—, respondo desde luego—. Si, en efecto, el hombre indeciso, respondiendo á vuestro llamamiento con una huida, os dice: No merecéis ser preferido á vuestros adversarios, pues todos van contra ti. ¿Qué responderéis á eso? Acaso podéis decirle que vuestro imam está textualmente designado aquí. Pero ¿por qué vuestro adversario ha de acordaros la autenticidad de un texto que jamás ha oído

atribuir al Profeta? No conoce, además, sino vuestra pretensión y la unanimidad con que se os acusa de alterar los textos y mentir. Supongamos, sin embargo, que acepta vuestro texto como auténtico, y como no tiene una opinión hecha sobre la naturaleza del profetismo, os dirá: «Admito que vuestro imam prueba la verdad de su misión indicada en los milagros de Jesús; admito que se me presente y diga: «Para probarte que digo la verdad, voy á resucitar á tu padre». Supongo que lo hace y que proclama después la verdad de su misión. ¿Cómo sabría yo que había dicho la verdad, puesto que el mismo milagro no ha impuesto á todos los hombres la creencia en la misión de Jesús? Será preciso, pues, deshacerse de una serie de cuestiones difíciles de resolver, que no pueden resolverse sino por pruebas especulativas; luego esas pruebas debéis rechazarlas. Uno no puede aceptar un milagro como prueba si no conoce la naturaleza de la magia y en qué difiere del milagro. Pero únicamente puede hacer esa diferencia el que sabe que Dios no extravía á sus servidores. Pero si no ignora las dificultades que presenta la discusión relativa á los extravíos del hombre ¿cómo responderéis, pues, á todas esas objeciones, cuando la autoridad de vuestro imam no es más grande que la de sus adversarios?» Así diría yo, concluyendo, á mis contradictores de la secta talimita: he aquí que estais reducidos á pruebas especulativas, pruebas que no queréis y que vuestros enemigos emplean con éxito para la defensa de su tesis.

(Continuará.)

BUDDHA COMO ATEO

Varios escritores de Occidente, entre ellos sabios cual el profesor Pischel, de Berlín, mantienen la opinión de que la creencia de Buddha, en los dioses, no fué una creencia formal, sino tan sólo un medio necesario para fijar con mayor seguridad sus doctrinas en la débil inteligencia de sus neófitos. Pero esto es verdaderamente una equivocación. Mal hubiesen podido los dioses representar papel tan importante en el sistema cósmico, en la doctrina del samsâra si no hubiesen sido considerados reales en cierto sentido. Ellos figuran (1) como extraños en el sistema de Buddha, es verdad; no pueden, como fundamento, entrar en la senda del Arhat, lo que es muy claro, puesto que natural-

(1) A excepción de los Anagâmines, que alcanzan el Nirvana en el cielo de Brahma.

mente el Buddha-Dharma no se concibe allí donde sólo reina el goce (como entre los dioses), ni allí donde sólo impera el dolor (como en los infiernos), sino sólo donde ambos, placer y dolor coexisten, y en donde la individualidad y la limitación se comprenden (no son únicamente sentidas), como Dukkha, como dolor, que sólo oprime al mundo de los hombres. Si Buddha no hubiese creído en los dioses, no hablaría de ellos tan frecuentemente, y con seguridad no podría (cual lo hizo) proclamar el principio de que la mentira, ni aun en chanza puede ser tolerada.

Por otra parte, no cabe duda alguna de que la idea de un dios único, absoluto y personal, de las así llamadas religiones monoteístas, era terminantemente rechazada por el fathâgata. Las razones de este ateísmo no se mencionan directamente en parte alguna, pero pueden inferirse fácilmente, primero, de los principios de su doctrina, y segundo, de algunos interesantísimos pasajes de los libros sagrados. Veamos cuáles son.

La verdadera base del buddhismo reside en la convicción de que substancialidad y causalidad exclúyense mutuamente. El Buddha enseña que donde quiera que hay causalidad, en modo alguno puede existir un Alta (Atman), una substancia, un sér absoluto, sino únicamente una persona ó cosa, y además enseña que todas y cada existencia en sí son tan solamente causalidad (Karma), por ende limitadas y relativas, no absolutas. Él no niega lo absoluto, lo sobrenatural, pero niega que en el mundo sensual ó supersensual pueda hallarse jamás un sér absoluto.

Así, pues, el buddha debe abandonar naturalmente toda idea de una persona absoluta, como una *contradictio en adjecto,* es más, como una *doble* contradicción, tanto cuanto que una persona es en dos conceptos—como ser actuante y limitado—la verdadera contraposición de lo absoluto.

Es raro que la mayor parte de los monoteístas no tienen la más ligera idea de la existencia de semejante dificultad. «Vuestro Dios», explicaría Buddha á un cristiano, «no está sobre, sino en el mundo; no está sobre, sino en el tiempo. Él no es diferente, en principio, de todas las demás cosas vivientes.»

Este punto de vista está representado, sin embargo, bajo la forma de leyendas en los Sultas, á lo que debemos prestar atención: el Brahmâjâla-Sulta y el Kevaddha-Sulta del Dîgha-Nikâya; el Brahma-nimantaniku-Sulta del Majjhima-Nikâya, y

el Baka-Brahmâ-Sulta del Samyutta-Nikâya (el último siendo casi idéntico al Jataka núm. 405). En todos estos Sultas, el «Gran Brahmâ» es considerado con evidente desdeño. Por todas partes hállase la idea de que no existe Maha Brahma, en el sentido tradicional, como el creador y sostenedor de todo, pero solamente uno ó el otro sér en el firmamento, desde abajo, de los diez y seis firmamentos del Rûpa Brahmâ Loka, es decir, en el cielo de los Maka Brahmâs, que por cierta razón imagínase y créese por otros ser el Supremo Uno.

Por ejemplo, leemos en el Samyutta la siguiente historia, dicha por Buddha: «En aquellos tiempos, el Baka Brahmâ tuvo una falsa idea: aquí está el Solo Eterno; aquí está el Solo Imperecedero, el Solo Absoluto; aquí no hay cambio de estado. Pues el nacimiento y la vejez, y la muerte, y la agonía, y el renacimiento son desconocidos en este lugar. Y no hay, por lo tanto, refugio más elevado que esto. Y yo supe las ideas de Baka Brahmâ y aparecí instantáneamente en aquel mundo de Brahma. Y cuando estaba aproximándome, exclamó el Baka Brahmâ: Hace ya mucho tiempo que ha sido mi esperanza viniera aquí el verdaderamente noble. Pues aquí, ¡oh Solo Noble!, está el Solo Eterno, etc. A lo que yo contesté al Baka Brahmâ: Confundido, en verdad, hállase el amado Baka Brahmâ; confundido, en verdad, está el amado Baka Brahmâ, pues que trata de demostrar como Solo Eterno lo que no es eterno; como Solo Inmutable lo que no es inmutable, etc. Y el Buddha le informa que á causa del largo tiempo pasado en los cielos, Él, el Baka, había olvidado sus anteriores nacimientos.

Una magnífica ironía respecto al «Gran Brahma» despliégase en el Kevaddha-Sulta. Un monje desea saber «en dónde estos cuatro grandes elementos se aniquilan para siempre». Por la fuerza de su Yoga sube á los más bajos cielos; pero los dioses que allí residen no pueden responder á su pregunta y le envían á sus vecinos superiores, y de este modo llega al final, de un cielo á otro, ante el Gran Brahmâ. Pero á su pregunta responde Brahmâ: «Yo soy, ¡oh monje!, Brahmâ, el Gran Brahmâ, el Omnipotente, el que todo lo ve, el Irresistible, el Supremo, el Señor, el Hacedor, el Creador, el Jefe, el Juez, el Padre de todo cuanto es y será.» Y el monje dijo: «No os he preguntado eso, amigo mío, sino en dónde se destruyen los cuatro elementos para siempre.» Entonces de nuevo dijo Brahmâ: «Yo soy,

¡oh monje!, Brahmâ, el Gran Brahmâ», etc., y de nuevo el monje dijo lo mismo. Y por tercera vez cambiáronse idénticas frases. Entonces, sin embargo, el Gran Brahmâ cogió al monje del brazo, le condujo aparte (para que los otros dioses no pudiesen oir sus palabras) y confesó candorosamente que él mismo ignoraba la verdadera respuesta á aquella pregunta, pero que el Fathagata con seguridad la sabría y, por lo tanto, debiera el monje volver á su Maestro.

No he mencionado hasta ahora el Fevijja-Sulta de Digha-Nikâya, porque, á mi juicio, es de una clase especial. Este Sulta, por lo que colijo, se cifra contra la teoría salvacionista de los Upanishads. El *Bramâ-sahavyatu* debiera explicarse, por lo tanto, como la unión con Brahmâ (neutro), no Brahmâ, y el Brahmâ constante, en vez del «Brahmâ», pudiera, en consecuencia, ser una equivocación de los copistas, que no pudieron comprender por completo la *a* corta, porque no aparecía en ningún otro sitio en todo el Fripilaka. Dando esto por sabido, nuestro Sulta es mucho más interesante. No contiene una sola palabra contra Bramhâ, ni crítica alguna de esa idea. Solamente demuestra cuán vago es esforzarse en luchar por la unión con una cosa desconocida. Aquellos Brahmans, explica el Buddha, que se esfuerzan por el Brahmâ Sakavyata, son cual si un hombre pretendiera amar á la mujer más hermosa en la tierra, é ignorara por completo cuanto se relacionase con la familia de la misma, modo de ser y morada, ó como un hombre que construyera una escalera para subir á una casa que nunca ha visto (compárese la torre de Babel). El Impersonal y Solo Absoluto, él dijo, no es un propósito para criaturas cuales nosotros somos. Solamente podemos luchar por conseguir que cese el dukka (dolor), es decir, la limitación ó lo no absoluto, para lograr desprenderse, suprimiendo el Fânhâ, de los lados de la personalidad.

Dr. F. Otto SCHRADER

(Traducción de P. Montajo.)

POR LOS LIBROS Y REVISTAS

La noción del milagro. El ciclo de los milagros parece que ha terminado definitivamente en la humanidad. Pero, ¿qué es un milagro? Lo que llamamos actualmente milagro, ¿es lo mismo que designaban los antiguos con esta palabra? Evidentemente no. El sabio catedrático de teología de la Universidad de Berlín, A. Harnack, cuyas obras empiezan á traducirse ahora entre nosotros, apunta á este propósito las siguientes líneas, que exponemos á la consideración de nuestros lectores y que tomamos de la magnífica traducción de *La esencia del cristianismo,* publicada por la Biblioteca Internacional de Barcelona.

«Sabido es, en primer lugar, que los Evangelios pertenecen á un período en el cual el milagro era cosa corriente y ordinaria. Sentíase y veíase el hombre envuelto en milagros, aun fuera de los dominios de la religión. Hoy, por el contrario, si se exceptúa á unos cuantos espiritistas, estamos acostumbrados á considerar el milagro como cosa exclusivamente de índole religiosa. En los tiempos evangélicos, el milagro surgía de innumerables manantiales. Concebíase á la divinidad como á un poder siempre en acción. Dios es Dios en cuanto obra milagros, y se contaba hasta con divinidades á las cuales no se les rendía culto religioso. Luego el significado concreto que se da en nuestros días á la palabra «milagro» era entonces desconocido, porque se ha afirmado este significado tras de un conocimiento más claro de las leyes naturales y de sus fronteras. Faltando este conocimiento no era fácil tener idea exacta de lo posible y de lo imposible, de lo que obedece á una regla y de lo que es excepcional. Así, donde reine la obscuridad y la incertidumbre, es decir, donde no se plantee la cuestión en términos precisos, no hay milagro, según el sentido verdadero de la palabra. Mal podrá darse cuenta de una violación del orden y de las leyes de la Naturaleza quien ignore ese orden y esas leyes. De ahí que

los milagros en aquella época no habían de tener la significación que tendrían actualmente si ahora se realizaran milagros. Para los hombres de entonces, un milagro no pasaba de ser un acontecimiento extraordinario, y si se imaginaban un mundo aparte formado de milagros, lo veían influyendo por innumerables vías misteriosas en el mundo nuestro. No ya los sacerdotes, sino que también los magos y los taumaturgos, eran dueños de algunas de aquellas fuerzas portentosas. En tales condiciones se comprende que el mundo de los milagros era en aquella época tema diario de las disputas entre los que le daban valor elevadísimo, como de una parte substancial de la religión, y los que intentaban rebajar ese valor religioso.

Sábese, en segundo lugar, que se relataban milagros de ciertos personajes extraordinarios, no ya al cabo de poco ó mucho tiempo de haber fallecido, sino en vida, á veces casi inmediatamente después de haber ocurrido el caso milagroso. De manera, pues, que se entrega á un prejuicio el que niega todo valor á relatos de esta especie, ó que los atribuye á tiempos posteriores no más que por tratarse de milagros.

En tercer lugar está, á nuestro parecer, fuera de duda que cuanto sucede en el espacio y el tiempo obedece á leyes generales del momento, y que, por consiguiente, los milagros, si se los conceptúa infracciones del orden natural, no son posibles. Mas también reconocemos que el hombre religioso—no sencillo adepto de una religión que otros le inculcaron, sino penetrado y consciente de su fe—, está convencido de que no permanece aprisionado en el férreo círculo de ciegas é implacables leyes naturales, sino que están estas leyes premeditadas por una finalidad superior, y que el hombre, mediante una íntima energía que le infunde la Divinidad, es capaz de desviar para mejores logros el curso de los acontecimientos naturales. Este convencimiento es para el creyente un hecho experimental, compendiado en estas palabras: el hombre puede libertarse del poderío y de la necesidad de la realidad transitoria. A cada nueva prueba se impone á la conciencia como caso milagroso, y es inseparable de toda religión superior hasta el punto de que si se desvaneciera perecería la religión. Tal convencimiento es apreciable no sólo en la vida individual, si que también en la vida de la humanidad. ¡Cuán firme y penetrante debe ser el pensamiento penetrado por la religión para perseverar, prescindiendo de la

fe, en la creencia de que es inviolable la realidad fenoménica en el espacio y en el tiempo! ¿Cómo ha de sorprendernos que no pocas inteligencias eximias se hayan mostrado incapaces de discernir claramente las fronteras que separan los dos dominios? Y si el mundo en que vivimos lo constituyen datos, nociones, no conceptos, ¿cómo podremos hacernos cargo de lo divino y de lo que nos lleva á la mayor libertad sino como una poderosa fuerza que invade el orden natural, lo perturba y lo infringe? Esta representación, hija únicamente de la fantasía y de índole imaginaria, perdurará, por lo visto, mientras haya una religión.

Finalmente, hay que tener en cuenta que si el orden natural es inviolable, nos falta mucho todavía para conocer todas las fuerzas de la Naturaleza y su acción recíproca. Habremos, quizá, llegado á conocer, y aun incompletamente, las fuerzas materiales y el campo en que obran; mas de las fuerzas físicas sabemos mucho menos. Nos apercibimos de que una firme voluntad y una fe ardorosa producen, aun en la vida corporal, fenómenos que tienen algo de milagroso. ¿Quién ha sabido hasta hoy trazar los límites que separan lo posible de lo real? ¿Quién se aventura á precisar hasta dónde alcanza la acción del alma sobre el alma y la del alma sobre el cuerpo? ¿Quién se atreve á sostener que cuantos hechos maravillosos se han contado fueron producidos únicamente por el error ó la ilusión?

No suceden hoy milagros, es cierto; pero también lo es que abundan los casos portentosos é inexplicables. Y precisamente porque esto sucede hemos procurado ser más cautos, menos ligeros en nuestros juicios sobre los milagros relatados por los hombres de la antigüedad. No creemos, ni creeremos nunca más, que la tierra haya parado su curso ó que un asno haya hablado; pero que un paralítico haya echado á correr, ó que un ciego haya recobrado la vista, no se puede negar rotundamente como si fueran ilusiones.»

¿Ha sido un precursor el abate Faria?

Con el título de *Un heros de roman* (un héroe de novela), Georges Claretie ha publicado en *El Figaro* del 11 del pasado un curioso artículo sobre el famoso abate Faria, más conocido por el gran público como personaje de la novela *El conde de Montecristo,* de Alejandro Dumas, que como una personalidad real y efectiva.

El abate Faria fué, en verdad, un personaje real, y al utilizarlo Dumas para dar relieve á su novela *El conde de Montecristo,* no hizo más que confirmar una opinión muy extendida en aquella época sobre el famoso hipnotizador.

Faria, en efecto, tuvo un momento bastante habilidad para atraerse toda atención del público que seguía con interés la cuestión del magnetismo iniciada por Mesmer. Pero aparte de su habilidad, que no fué poca, una posición excepcional del abate contribuyó á su exaltación. El abate Faria nació en Goa (India portuguesa), y antes de aparecer en Europa aprendió, no ya la teología católica, sino cuanto podía conocer un europeo entonces de los sabios brahmanes, que condescendían á revelarles sus enseñanzas. El abate Faria conoció desde luego la educación de la voluntad al modo indio, y eso le sirvió para derrotar al P. Hervier, su predecesor eclesiástico en Europa, y á los primeros discípulos de Mesmer.

Este hecho, al parecer insignificante, se pone de manifiesto ahora, y bueno es que se sepa y conozca para que se comprenda el valor y la importancia del saber oriental.

Mr. Claretie, que ha querido, antes que nada, hacer un artículo literario más que una reparación científica, se admiraría menos del precedente oriental del abate Faria si recordara que Braid también estuvo en la India, y de los brahmanes, únicamente de los brahmanes, aprendió «el gran secreto» del hipnotismo. En cuanto á las demás noticias que se quieren dar en el artículo de Mr. Claretie, deploramos no estar conformes. El abate Faria, si es verdad que utilizó antes que nadie únicamente la palabra para producir el sueño hipnótico, y que hipnotizó á más de cinco mil personas, no es menos cierto que sus sesiones tuvieron muchas veces un tinte industrial indigno de los buenos discípulos de aquellos buenos maestros de Oriente.

Con todo, está bien que se sepa cuánto se debe á la India y la enseñanza secreta de sus grandes maestros. Los últimos legados que hemos recibido son: para la vida interior la voluntad, y para la vida de relación la voluntad á distancia, la telegrafía sin hilos. Esto también nos lo ha revelado la India.

La habitabilidad de la Luna. Se vuelve sobre el pasado. Parece que la ideá de Cyrano de Bergerac no es tan disparatada como ha podido suponerse. El profesor Pickering, encuen-

tra, según dice el *Heraldo de Madrid*, un firme apoyo á la idea de la habitabilidad de la Luna. He aquí lo que dice el citado periódico:

«Mientras la gran mayoría de los astrónomos han dejado de prestar atención á nuestro satélite, debido principalmente á que por los medios ordinarios no han podido reconocer allí la existencia de una atmósfera, los menos, que se han dedicado á estudiarlo provistos de aparatos modernos, han llegado todos á la conclusión de que la Luna no está tan muerta como se venía suponiendo.

El objeto parecido á una nube brillante, descubierto por el profesor Pickering, sobre el fondo del cráter lunar Platón, en la noche del 31 de Julio, parece confirmar las interesantes observaciones hechas no ha mucho por el profesor Charbonneau, sirviéndose del gran telescopio del Observatorio de Melan, en Francia. He aquí sus palabras:

«Noté lo que á primera vista parecía una pequeña bocanada de humo, y esto, repetido varias veces, lo cual indicaba tenía ante mi vista un volcán en actividad en la superficie de la Luna.»

Lo anterior se refiere á un pequeño cráter próximo al grande y apagado de Heateto, mientras la actividad lunar á que se refería el profesor Pickering tenía lugar en el bien conocido cráter de Platón. Así, pues, tenemos dicho fenómeno definitivamente bien localizado en dos lugares muy apartados entre sí de la superficie lunar, y ambas observaciones podrían dar la clave de la curiosa atmósfera de nuestro satélite, cuyo origen pudieran muy bien ser los volcanes; lo que indicaría que su interior no está tan frío y solidificado como se suponía, sino que, como la Tierra, tiene regiones en sus entrañas donde el calor es todavía suficiente para producir explosiones volcánicas.

La verdad es que los volcanes lunares pueden compararse con el volcán de Kilanea, en las islas Hawai, que se les asemeja mucho.

Más de una vez, como ya ha hecho notar el profesor G. P. Serviss, los asiduos observadores han llamado la atención sobre las sugestivas nubes de humo ó de vapor que se escapaban de grietas existentes en la superficie lunar.

Por su parte, el profesor Haushofer manifiesta, dando á su opinión el carácter más formal y científico posible, que hay motivo para suponer tengan alas los habitantes de la Luna.

Y el distinguido astrónomo Sir Roberto Ball ha hecho observar lo posible que es se encuentren habitados los pequeños cuerpos celestes, sobre todo si se considera que los elementos carbono é hidrógeno, que tan íntimamente se hallan asociados al fenómeno de la vida en la Tierra, se encuentran entre los más ampliamente distribuídos en el Universo, y que su presencia en cuerpos como Marte ó la Luna es en alto grado probable.

En conclusión: puede decirse que la Luna sigue siendo un gran misterio astronómico en cuanto se refiere á sus condiciones físicas y á su pasada historia, y que no hay para la Ciencia mejor campo de observación, ni que pueda ofrecer más notables descubrimientos, que el basado en el estudio sistemático, persistente y desapasionado de la faz de la hija de la Tierra en el cielo.»

Por las revistas. El mal estado del tiempo durante el pasado mes ha sido causa de que no llegaran á nuestras manos la mayoría de las revistas que habitualmente recibimos. No podemos achacarlo á otra cosa. Y ya dispuesto nuestro número para entrar en prensa, no podemos recomendar á nuestros lectores sino algunos artículos de las revistas teosóficas que hemos recibido anteriormente.

De *The Theosophist* merecen especial mención *Las vidas sucesivas,* interesante trabajo de C. W. Leadbeater; *Religión y sectarismo,* de A. Fullerton, y *Buddha como ateo,* de Otto Schrader, que traducimos en este número. El Presidente de la Sociedad Teosófica, H. S. Olcott, traza un magnífico estudio sobre *El terrible karma de Rusia.*

En *The Theosophical Review,* G. R. S. Mead publica un trabajo meritísimo, como todos los suyos, sobre *Atmân,* y A. M. Glass otro titulado *El materialismo teosófico.*

La Revue Theosophique, entre otros de relevante interés, uno debido al Dr. M. Pascal sobre *El ser subconsciente.*

En *The New Zealand Theosophical Magazine,* Marion Judson concluye el bonito trabajo sobre la Lemuria, que en breve saborearán en castellano nuestros lectores.

RUG.

Notas, Recortes y Noticias.

Una ceremonia curiosa. El día 12 del pasado cumplió treinta y cinco años el príncipe viudo de Asturias. Con este motivo S. A., en el oratorio particular establecido en sus habitaciones, oyó una misa, y al llegar al *ofertorio* de la misma hizo la ofrenda de treinta y seis monedas de plata, una más que años cumple.

Esta ofrenda es tradicional en el rito palatino de España, y á ella se añade también una torta de mazapán con otras tantas candelas de cera, más una rizada que se pone en el centro.

La torta se sirve después á la familia real en el desayuno.

Esta costumbre no es, sin embargo, puramente palatina. Las oblaciones de pan, plata y luz se practican en muchas partes de España, si no precisamente en esa forma y con semejante motivo, sí análogamente para impetrar por el don un favor de los auxiliares extraterrestres.

En general se hace algo parecido en Galicia, en las Vascongadas y en algunos puntos de Castilla la Vieja. *Los tres canados ó tres treses,* donación de tres cántaros de vino, tres fanegas de trigo y tres carneros, que se hace en algunas feligresías de Orense al párroco, tiene un objeto parecido. El banquete de las ánimas en Segovia (consiste en llevar á la iglesia el día de difuntos pan, dinero y cera) es otra ceremonia análoga. El roscón y las velas que llevan al templo algunas *caseras* vascas, es lo mismo.

El culto popular á los muertos. Muchas ceremonias y ritos parecidos se han celebrado á principios del mes pasado en España, con motivo de las fiestas de difuntos y de las ánimas. Nuestro culto á la muerte sólo tiene un precedente en el antiguo Egipto. En todas partes se da la nota de una existencia truncada. Un montón de piedras que se divisa en el camino en algún pueblo de Aragón, es muchas veces la tumba espiritual de un suicida, de un hombre asesinado, de un eliminado por

fuerza de la existencia. Los transeuntes pasan, echan otra piedra sobre el montón y rezan un padre nuestro.

Una cruz roja en un árbol ó en una piedra, es la señal de una vida extinguida sobre la tierra. Las monedas de cobre que conserva muchas veces una familia necesitada y que no gasta aun llegando á una miseria insostenible, suele ser el caudal último de un antecesor de ella.

El pan que sustenta la vida se ofrece también al muerto para su sustento *post mortem*. A veces se deja una porción de comida para las ánimas, otras para el niño Jesús, y algunas pocas, muy pocas ya, para el diablo, la pobre ánima sola que se muerde y devora en su soledad sin luz.

Por los judíos españoles.

El ilustre doctor Pulido vuelve nuevamente en las columnas de la prensa á ocuparse de los judíos españoles, más de dos millones de expatriados que, á pesar de la distancia y de los siglos, conservan un acendrado amor á la patria que les arrojara de su seno, más por envidia de sus bienes que por una intransigencia tantas veces invocada.

Es laudable la obra que viene realizando el distinguido doctor para establecer una *entente* con nuestros antiguos hermanos. Así lo hemos comprendido hace tiempo y la venimos secundando desde fecha remota. No será difícil, pues, que dentro de poco, establecida por nuestra parte una relación más íntima, podamos ofrecer algunos trabajos especiales sobre la kábala, debidos á algunos de nuestros antiguos y reintegrados hermanos.

El catecismo buddhista.

Con verdadera satisfacción participamos á nuestros lectores que ya está en prensa la versión castellana de *El catecismo buddhista*, de H. S. Olcott, Presidente de la Sociedad Teosófica.

Esta versión, cuidadosamente hecha de la última edición inglesa por nuestro excelente amigo y Presidente D. José Xifré, aparecerá á mediados del próximo Enero.

Del valor é importancia de semejante publicación, la primera de su índole en España, no nos cumple hablar en este momento á nuestros lectores, que desde luego conocen uno y otra en toda su extensión. La posibilidad y el éxito de estas publi-

caciones entre nosotros, atestiguan un progreso en nuestra moral colectiva, é imponen una rectificación á la exagerada intolerancia que se nos ha atribuído siempre á los españoles, que no ha sido oficialmente tanta como se supone por los que no han buceado en nuestra historia.

Otras publicaciones. En el mismo mes de Enero aparecerán también la obra de Miguel Molinos *La Guía Espiritual,* ilustrada con un prólogo, un retrato y algunos documentos del mayor interés para la historia del quietismo y el estudio de G. R. S. Mead, sobre *Apolonio de Tyana.*

La misma casa barcelonesa, que publicará las tres obras anteriores, prepara para dentro de poco la versión española de *La Genealogía del Hombre,* una de las últimas obras de Annie Besant.

Conferencias teosóficas. Nuestro particular amigo y hermano don Tomás Dorestes, empezará en breve en el Ateneo de Madrid sus conferencias familiares sobre algunas enseñanzas teosóficas. También sabemos que en algunos centros obreros y círculos industriales algunos hermanos nuestros preparan varias conferencias sobre historia de las religiones, higiene del alma y economía del espíritu.

R.

BIBLIOGRAFÍA

J. M. Peebles.—*La Inmortalidad del Hombre.*—Carbonell y Esteva, editores Barcelona.—1 volumen.

Formando parte de una colección de buenos libros titulada «Biblioteca de Estudios sobre el Alma» ha publicado la casa Carbonell y Esteva, de Barcelona, un pequeño folleto por demás substancioso y cuya lectura ha de aprovechar á toda clase de personas. El libro se titula *La Inmortalidad del Hombre,* y en él su autor, el doctor Peebles, sabio filósofo y psiquiatra de los Estados Unidos, logra, de una manera sencilla y clara dejar demostrada plenamente la inmortalidad de nuestro espíritu, fundándose nada más que en razonamientos lógicos y apoyándose en el testimonio de los hechos y en el de los más grandes sabios que en el mundo han sido. Termina el Dr. Peebles su trabajo con el siguiente hermoso párrafo, en el que descubre su generosísima finalidad y que debería ser profundamente meditado por todos los hombres:

«Cuando llegue esta hora feliz, los imperios, los reinos, las repúblicas constituirán un solo país, no será el *mío* y el *tuyo* para fines egoístas, sino el *nuestro* y el *vuestro*, para apropiarlo á fines santos. Nuestros hogares serán entonces el universo, y nuestro descanso en donde quieran que latan corazones humanos en simpatía mutua, y la felicidad mayor de cada uno consistirá en ayudar y bendecir á los otros. El suelo será libre, para que todos lo cultiven, como el aire que todos respiramos. Los jardines florecerán y llevarán frutos aun para el más humilde. Las fuentes brotarán á la orilla del camino y los árboles frutales invitarán á los transeuntes. Los huérfanos hallarán los más tiernos y simpáticos hogares. Las frentes tostadas de millones de trabajadores, se verán coronadas con las rosas de la industria y de la paz, y la gran familia humana será obediente á la ley del amor, igualdad y libertad, estableciendo así el reinado celestial sobre la tierra.»

Es de veras digna de alabanza la labor de los editores Carbonell y Esteva, dando á la publicidad libros como el de que hablamos, que han de hacer un gran bien á la humanidad en tiempos como los presentes, tan dados al grosero materialismo, enemigo mortal de todo verdadero progreso.

C. E.

F. Carbonell y Vila.—*Consecuencias éticas del vitalismo y reputación á las inoculaciones.*—Montevideo.—1905.

Es una hermosa conferencia, admirablemente razonada, cuya esencia principal puede evidenciarse en estos párrafos:

Hace muchos siglos que el hombre mata y mata; pero también hace muchos siglos que el hombre es víctima de grandes epidemias, también cada vez es menor la vitalidad que le cabe en dote al nacer. En cambio, las especies animales que el hombre consume preferentemente son también las que menos peligro corren de desaparecer. En ellas el principio de la vida reacciona contra la muerte por medio de la generación: en vez de extingirse, aumentan. Si queremos saber de dónde procede la vitalidad empleada en esa reacción contra las matanzas que consuma el hombre, comparemos con nuestros antepasados y veamos los macilentos rostros de nuestros hijos, víctimas obligadas de la anemia y la escrofulosis.

Así, pues, la primera de las leyes éticas que se infieren del vitalismo debidamente comprendido, es la *verdadera* solidaridad, *verdaderamente* universal. Y si reflexionamos que esta idea, una vez comprendida y asimilada por todos establecería donde quiera, el tan deseable reinado de la paz, y que las fuerzas que en el mundo se consumen en luchas estériles, en vez de actuar unas contra otras actuarían aunadas en el fin común de la común felicidad, es imposible que nuestros corazones no prorrumpan en gloria al vitalismo, única doctrina que puede servir de base á una ética realmente humana, que buena falta nos hace, pues hasta hoy carecemos de una verdadera moral, y si el hombre llama así á su conveniencia ó á sus cadenas, es por rubor de sentirse tan egoista y tan esclavo.

Artes Gráficas. J. Palacios, Arenal, 27.